

Emailgelio del 4 de mayo de 2025
Tercer domingo de Pascua – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Agradecer y compartir

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: “Me voy a pescar”. Ellos contestan: “Vamos también nosotros contigo”. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada.



Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: “Muchachos, ¿tenéis pescado?”. Ellos contestaron: “No”. Él les dice: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. La echaron y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: “Es el Señor”.

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: “Traed de los peces que acabáis de coger”.

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: “Vamos, almorzad”. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Después de comer dice Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?”. Él le contestó: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dice: “Apacienta mis corderos”.

Por segunda vez le pregunta: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. Él le contesta: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Él le dice: “Pastorea mis ovejas”. Por tercera vez le pregunta: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?”.

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si le quería y le contestó: “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”. Jesús le dice: “Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras”. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: “Sígueme” (Jn 21, 1-19)

Emailgelio del 4 de mayo de 2025
Tercer domingo de Pascua – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Después de un duro trabajo, *aquella noche no cogieron nada*. Ha cundido el desaliento entre aquellos pescadores. Cuando empieza a amanecer y Jesús se presenta en la orilla, no se dan cuenta de quién es: pesan todavía demasiado la fatiga y la desilusión. Cuando uno está demasiado centrado en sí mismo, en los propios problemas y miedos, corre el riesgo de no darse cuenta de la presencia de quien puede ayudarle a salir del agujero.

Pero **Jesús no se presenta a sus amigos como alguien que no tiene nada que ver con sus preocupaciones diarias**. Al contrario, comparte la urgencia que tienen el hombre y la mujer por comer cada día, sostener a la familia, trabajar con fruto. Por eso, Jesús conecta enseguida con lo que preocupa a sus amigos y les dice: *¿Tenéis pescado?... Echad la red*.

Por tanto, hay que preocuparse de la comida y del trabajo, de llevar el bienestar a los seres queridos. Pero las fuerzas, el pan, el pescado que se tengan no son para guardarlos egoístamente, como si los otros no existieran. Son un don de Dios y, cuando se reconoce este don del Señor, se empieza a reconocer al Señor. Éste llama a poner en común los bienes recibidos: *Traed de los peces que acabáis de coger. No los guardéis solo para vosotros, vamos a ponerlos en común y vamos a almorzar*.

Eso es la Eucaristía. Este Jesús resucitado, que antes de su muerte comía con los pecadores, ahora, resucitado, nos invita a nosotros, también pecadores, a esforzarnos en conseguir el pan y el pescado de la vida cotidiana y, al mismo tiempo, a compartir lo que hemos conseguido.

Experiencia aleccionadora la de Pedro. Al principio, estaba muy seguro de sí mismo. Había dicho al Señor: “Señor, contigo estoy dispuesto a ir a la cárcel y a morir”. Y después, a la primera contrariedad, le negó tres veces.

Pero el pecado de Pedro, que le hizo “llorar amargamente”, no le había hundido en la desesperación. La triple confesión de amor, en contraste con aquella vergonzosa negación, es el signo de que la persona puede levantarse de nuevo porque el Señor no la abandona.

Las tristes circunstancias vividas a causa del pecado deben servir de experiencia para la nueva vida de amor. Así Jesús dice a Pedro y puede decirnos a nosotros: cuando eras más joven contabas solo contigo mismo, te creías con fuerzas suficientes como para andar solo y vencer las dificultades gracias a tu entusiasmo y optimismo juveniles. Ahora que eres más viejo, has aprendido a ser un poco más realista, pero esto no debe hacer disminuir ni tu amor ni tu confianza; otro, que te quiere mucho, te ceñirá y te llevará a donde ni tan siquiera has pensado. **Por eso, no te dejes atrapar por el miedo, la angustia o la impaciencia: Tú, sígueme**.

A veces solo podemos decir como Pedro: **Señor, tú sabes que te quiero, o más bien: “Señor, yo quiero quererte pero no sé cómo” ... El Señor comprende: No te preocupes: Sígueme, intenta ser fiel... Y si la debilidad te lleva al olvido o a la infidelidad, no te desespere; siempre es tiempo de levantarte, el Señor está cerca de ti**.

Emailgelio del 11 de mayo de 2025
Cuarto domingo de Pascua – Ciclo C

Ignacio Itano sm

No estoy a la intemperie

En aquel tiempo dijo Jesús: “Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno”. (Jn 10, 27-30)



Gran parte del empeño que Jesús pone en su vida consiste en que nos convenzamos de que Dios no es un ser distante y frío, despreocupado de nuestra existencia, sino **alguien entrañable, que se preocupa de cada uno de nosotros y quiere establecer una relación personal.**

Se ve muy especialmente en la parábola del “hijo pródigo”, que debiera llamarse del “amor del Padre”. Lo vemos hoy en este evangelio, que es solo un fragmento de cuando Jesús se presenta como el *buen pastor* que da la vida por cada una de las ovejas. Aparecen aquí tres afirmaciones básicas: 1) *yo las conozco*; 2) *yo les doy la vida eterna*; 3) *nadie las arrebatará de mi mano*. Y, junto a eso: *no perecerán para siempre*.

El Señor conoce a sus ovejas, nos conoce a cada uno personalmente. Entre nosotros nos conocemos siempre imperfectamente: incluso a las personas más queridas no llegamos a conocerlas del todo. A menudo nos sentimos incomprendidos y muchas veces sin la capacidad de explicarnos: hay cosas de nosotros mismos que no sabemos expresar.

Jesús nos dice que, aunque no nos entiendan los demás y aunque tampoco nosotros los entendamos ni nos entendamos del todo, **Él si nos entiende hasta el fondo**. Nos entiende incluso hasta en esas zonas de nosotros que no sabemos o no nos atrevemos a descubrir a nadie por pudor o por vergüenza. Es importante sentirnos comprendidos por Jesús: **ya no estamos perdidos, no somos lo que él mismo llama *ovejas sin pastor***. El conocimiento que Jesús tiene de nosotros no es “general”, como parte anónima de un gran colectivo, sino “personal”: *mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco*.

Si el Señor nos conoce no es para ejercer una autoridad despótica y fiscalizadora sino *para que nadie nos arrebate de su mano y para darnos la vida eterna*. La vida eterna colmará nuestras aspiraciones más profundas, incluso aquellas que no somos capaces de expresar, pero el *buen pastor* conoce. Eso nos tiene que llenar de confianza porque no estamos desamparados y a la intemperie. Podemos tener la sensación de vivir en el desierto y en pleno invierno. Víktor Frankl (1905-1997), que vivió la terrible experiencia de un campo de concentración, decía que “sin placer se puede vivir, pero sin sentido sólo cabe el suicidio”. Y ese es el drama de nuestro tiempo: vivir en el gélido desamparo personal y ambiental del sin sentido.

La solicitud del *buen pastor* no excluye a nadie. Todos somos objeto de su cariño. **Se interesa por cada uno, con una preferencia por los pequeños y últimos**. A una mujer saharauí, madre de numerosos hijos, le preguntaron a cuál de ellos quería más. Su respuesta fue: **“Al pequeño hasta que crezca, al enfermo hasta que sane, al viajero hasta que regrese”**. El *buen pastor* ama a todas sus ovejas, pero se inclina de un modo especial hacia la más necesitada. A la oveja golpeada, herida, fatigada o perdida la carga sobre sus hombros.

Emailgelio del 18 de mayo de 2025
Quinto domingo de Pascua – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Amarnos es hacer presente a Dios

Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado, La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros”. (Jn 13, 31-33a. 34-35)



Jesús dice a sus seguidores: *hijos míos, me queda poco de estar con vosotros*. En otras ocasiones, Jesús ha prometido que estará con nosotros para siempre. Entonces ¿el Señor se ha ido o permanece con nosotros?

Cuando queremos a una persona y la distancia o la separación forzosa o la muerte nos alejan físicamente de ella, la hacemos presente en cierto modo con el recuerdo y también evocando gestos significativos de su vida. Pensamos y a veces decimos: “en esta circunstancia, a él o ella le gustaría hacer así; si él o ella estuviera ahora presente obraría de esta manera”.

A Jesús no podemos abrazarle, escuchar su voz, ver su rostro, comprobar sus reacciones. Pero él puede hacerse presente, **se hace presente entre nosotros**. Y el gesto más significativo, el que mejor evoca y realiza su presencia, el gesto que él mismo ha querido que sea la expresión mejor y más viva de su persona, es éste: **que os améis unos a otros, como yo os he amado**.

Pero hay una gran diferencia entre la evocación que hacemos de una persona ausente y la evocación de Jesús. En el caso de la persona querida es solo un recuerdo, aunque sea un recuerdo entrañable e inolvidable. En el caso de Jesús, cuando lo evocamos con el gesto del amor mutuo, lo hacemos presente misteriosa pero realmente.

Jesús está realmente presente en el hombre y la mujer que amamos, y ese Jesús, que estaba escondido, se hace ver mediante nuestro amor. Tantas personas serían felices si supieran que alguien piensa en ellas, que alguien las tiene en su corazón, pero no están seguras de ello,

El amor que nos tiene otra persona despierta en nosotros alegría. Es la alegría sentida porque alguien nos recuerda y nos ama. **Dios piensa en nosotros y nos ama, y se hace presente en el amor de unos a otros**.

Cuando Juan, el discípulo amado, ha querido mostrarnos cómo es Dios, lo ha dicho muy simplemente: *Dios es amor*. Dios está presente en el amor de los esposos, tanto en los momentos exultantes como de sacrificio, en la alegría del encuentro y en la pena sentida de la separación; en el amor de la familia que comparte gozos y sufrimientos; en el amor de los seres humanos que acuden en ayuda de los que son visitados por la miseria, la enfermedad, la injusticia, la soledad, la desgracia; en el amor de los creyentes reunidos para alabar a Dios con la oración y servir a los hombres con obras de caridad. En todos esos casos, Jesús está presente no solo en el recuerdo sino en realidad.

Este es el significado profundo de la Eucaristía, memorial de la entrega amorosa de Jesús, que él quiere que nosotros celebremos “en conmemoración suya”. San Cipriano, en el siglo III, decía a una señora rica que iba a la Eucaristía, pero no tenía en cuenta a los necesitados: “Tus ojos no ven al necesitado porque están oscurecidos y cubiertos por una noche densa”.

Emailgelio del 25 de mayo de 2025
Sexto domingo de Pascua – Ciclo C

Ignacio Itano sm

La libertad del que ama

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado ahora que estoy a vuestro lado, pero el Defensor, el Espíritu Santo que enviará al Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.

La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: ‘Me voy y vuelvo a vuestro lado’. Si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo. (Jn 14, 23-29).



Jesús subraya la línea del amor como guía de la vida de sus discípulos: *El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él.* La misma obediencia a su palabra no tiene que ser porque está mandado sino porque se le ama.

Una vida de fidelidad a este amor, como en todo amor, supone lucha. A veces incluso hay que agarrarse al compromiso y a la obligación para no traicionar el amor primero. **Los primeros cristianos decían que el cristiano es un atleta porque se esfuerza en vivir coherentemente el seguimiento de Jesús.**

Pero se mantiene la convicción de que el evangelio es ante todo una *buena noticia*. Por eso, **una ley angustiosa que nos exija imposibles o que produzca temor o miedo, no es una ley cristiana.** Estamos amorosamente invitados a escuchar a Jesús que nos llama a ser felices. En la vivencia de la fe y en toda educación religiosa, el anuncio de la buena noticia debe ir siempre antes que la exigencia.

Dice Santo Tomás de Aquino que “Dios no se siente ofendido por nosotros, si no es porque actuamos contra nuestro propio bien”. La causa del hombre es la causa de Dios. Por tanto, la lucha de cada día no es para cumplir servilmente las ocurrencias de un amo caprichoso o terrible sino para hacernos más humanos, para conquistar la auténtica libertad. Pablo decía: “Cristo nos ha liberado para que seamos libres” (Gál. 5,1). **El hecho de seguir a Jesús no constituye una ley pesada sino un camino de liberación.**

La ley me tiene que ayudar a ver cuál es el camino de la humanización y la libertad para todos, lo que sería muy difícil y laborioso descubrir sin esa guía. Al mismo tiempo, la verdadera libertad no consiste en hacer siempre lo que a uno le viene en gana sino en el coraje de mantenerse fieles en el camino del bien y de la verdad, pase lo que pase. Así fue libre Jesús. Y, por otra parte, la única libertad es la libertad solidaria, no la libertad al margen de los demás. El principio de responsabilidad es anterior al de la libertad individual.

Según Jesús, el que nos recordará lo que debemos hacer no será un castigador sino *el Defensor*. Lo que nos enseñe y recuerde el Espíritu Santo será para defendernos, para ayudarnos a vivir y a convivir, no para angustiarnos. **Jesús quiere nuestra paz, que no tiemble nuestro corazón ni se acobarde.**